

## ***Ronda: compendio de las aspiraciones del viajero romántico francés***

**Elena Echeverría Pereda**  
*Universidad de Málaga*

La localidad malagueña de Ronda ha sido siempre un núcleo atractivo para la mirada ajena. Es notorio que dicha ciudad, a través de sus singularidades, ha simbolizado, y continúa haciéndolo, búsquedas y exploraciones de una geografía interior reflejada en lo distinto. Por ello, no tiene nada de extraño el que creadores que se buscaban a sí mismos, escogieran Ronda como estímulo para sus procesos de reflexión y de creación. Todo ello es bien sabido y, de puro obvio, resultaría ocioso. Se ha dicho, se ha insistido, pero entendemos que estas evidencias deben sustentarse sobre datos precisos. Ese es el sentido de nuestra comunicación.

Antes de abordar el tema que nos ocupa, y a fin de poder situar mejor las razones por las que los viajeros y viajeras franceses se sintieron impelidos a llegar a Ronda, creemos necesario exponer brevemente tanto las connotaciones que formaban parte de la imagen de España en Francia en las postrimerías del siglo XVIII como lo acaecido en el primer tercio del XIX.

La imagen de España en Francia en los inicios del siglo XIX era el resultado de la simbiosis entre su imagen “real” (proveniente del ámbito de la Historia) y su imagen “onírica” (proveniente del campo de la ficción literaria). En efecto, la mención de España a la sazón implicaba, por un lado, tanto la admiración (y al propio tiempo el horror) que suscitaba la rememoración de su pasado esplendor (en conexión con la hegemonía político-literaria ejercida por la España de los Austrias a lo largo del siglo XVI y primera mitad del siglo XVII) como el desprecio generado por su posterior decadencia; por otro lado, evocaba el mito de un país de fábula poblado antaño por héroes de corazón noble, de un país de fantasía cuya suntuosidad y magnificencia eran propias más bien del ámbito del ensueño, pero evocaba también el mito de un país poblado por pícaros y pobres hidalgos desharrapados y hambrientos que recurren a cuanto tienen a su alcance para poder sobrevivir. Y entre estos rasgos provenientes del campo real y del campo onírico, que constituyen los dos polos opuestos de una misma imagen, se situaron las connotaciones legadas a la posteridad por los filósofos dieciochescos: del lado de la realidad introdujeron el espanto que inspiraba la crueldad de la Inquisición y de los autos de fe, del lado de la fantasía, el amor del español por la serenata a la luz de la luna ante la reja del balcón de su amada.

Las connotaciones de esa imagen que hemos apuntado hasta aquí podrían por lo demás sintetizarse en tres, en nuestra opinión, fundamentales, a saber: pintoresquismo, color local y contraste. Los viajeros románticos sublimaron dichos rasgos hasta sus últimas consecuencias.

Pues bien, a lo largo del primer tercio del siglo XIX una serie de acontecimientos políticos y sociales contribuyeron decisivamente a que España fuera más conocida en Europa a nivel popular, de tal manera que su imagen cristalizaría en un concepto más acorde con la realidad.

En efecto, en 1808 Napoleón, creyendo firmemente que España se hallaba sumida en una decadencia irreversible y persuadido de que el valor militar de los españoles había desaparecido con los últimos aguerridos capitanes castellanos, invadió la península con la convicción de que sus ejércitos no encontrarían a su paso ningún tipo de resistencia. El Emperador instaló sus tropas en Madrid el 23 de marzo y, el 2 de mayo, se produjo la sublevación del pueblo madrileño. Se ha de poner de relieve que en dicha sublevación tuvo destacada intervención Daoiz, un militar de origen andaluz; que fue Sevilla la primera capital española que la secundó mediante la constitución de una Junta Suprema en dicha ciudad el 27 de mayo, seguida por las Juntas Locales de Jerez, Arcos, Lebrija, Carmona, Ronda y Cádiz; y que fue a raíz de la victoria del general Castaños en Bailén el 19 de julio cuando José I debió abandonar España. Vemos pues cómo fue en Andalucía donde tuvo lugar la primera detención de los hasta entonces invictos ejércitos napoleónicos. Asimismo hemos de señalar que esta victoria de Bailén la obtuvo un ejército regular de 30.000 hombres ayudado por una multitud de paisanos mal pertrechados, diríamos incluso desharrapados que, ansiosos de alcanzar la libertad, se levantaron en armas contra el poder establecido, de una forma colectiva pero reafirmando su propio y personal individualismo, lo que implicó una total y absoluta desorganización.

De todos es conocida la invasión ulterior de los ejércitos franceses capitaneados por el mismo Napoleón. De esta segunda etapa sólo diremos que la resistencia al invasor se dio de forma muy destacada en la Serranía de Ronda y en el Condado de Niebla, comarcas que ofrecieron siempre dificultades y resistencias no sometidas. Y diremos asimismo que Andalucía, con excepción de Cádiz, no fue teatro de grandes acontecimientos bélicos, sino de continuas “guerrillas”. Es curioso observar cómo, existiendo ya desde el siglo XVI el término *guerrilla*, su derivado *guerrillero* se acuña en España en esta época, exportándose más tarde al exterior como préstamo lingüístico.

Tampoco fue Andalucía pródiga en esa figura popular del guerrillero como personaje individual, como adalid con nombre propio, como lo fuera el cura Merino en Burgos, Juan Martín Díaz “el Empecinado” en Guadalajara y Cuenca o Julián Sánchez en Salamanca. En Andalucía, como indica Antonio Miguel

Bernal, “se destacan los anónimos serranos rondeños que durante toda la guerra fueron la única pesadilla de los franceses en la región, los que se encargan de mantener cortadas las comunicaciones entre las tropas francesas de Cádiz y las de Granada”<sup>2</sup>. Como ilustración de lo dicho, veamos un párrafo de André François Miot, el primer francés decimonónico que dejó testimonio escrito en sus *Memorias* tras su viaje a Ronda. Este aristócrata formaba parte de la comitiva que acompañaba al rey José Napoleón I en su visita a tierras andaluzas en 1810. Dice así:

“Durante nuestra estancia en Ronda, los alrededores se encontraban infestados de malhechores y de bandas compuestas en su mayor parte por los restos del ejército del general Arizaga [sic]. Llegaron incluso a atacar la ciudad, pero fueron rechazados por los granaderos de la guardia real y por un destacamento del segundo regimiento de húsares. [...]”

Tras permanecer tres días en Ronda, partimos el 3 de mayo hacia Málaga y fuimos a pernoctar a Casarabonela. Avanzábamos militarmente temerosos de que las bandas que nos espíaban nos depararan alguna sorpresa”<sup>3</sup>.

En septiembre de 1811 los franceses deciden una campaña definitiva para acabar con el foco de Ronda y mandan a 10.000 soldados contra la serranía, pero... sin consecuencias.

Ahora bien, estos anónimos serranos rondeños, acostumbrados a tener la serranía por hogar durante años, no pudieron renunciar posteriormente a lo que era ya su hábitat natural, por lo que se quedarían en su serranía dando lugar al ulterior fenómeno del bandolerismo rondeño. Creemos que la incontestable mitificación primera del guerrillero, una vez concluida la guerra de la Independencia, trajo aparejada más tarde la del bandolero en general y la del rondeño muy en particular (piénsese en el mito de José María el Tempranillo), y que este hecho, unido tanto a la especial configuración física de la Serranía de Ronda como a su pasado histórico como componente del reino moro de Granada, serán los factores primordiales que intervendrán en la gestación de la admiración sin límites profesada a esta comarca por los viajeros y viajeras franceses que visitarán España en la segunda mitad del siglo XIX.

En 1831 visitó Ronda Astolphe Custine. Veamos, a través de su testimonio, cómo se encontraba la serranía en esa época:

---

<sup>2</sup>“El protagonismo político andaluz”, en *Historia de Andalucía*, p.30.

<sup>3</sup>*Mémoires du Comte Miot de Méliot, Ancien Ministre, Ambassadeur, Conseiller d'Etat et Membre de l'Institut*, Paris, Michel Lévy Frères, 1858, 3 Vols; Vol III: pp.112-123.

“He aquí un hecho que puedo certificar entre otros cien que me han contado: el correo que realiza su servicio entre Ronda y Málaga fue asaltado antes de ayer en un desfiladero por el que yo pasé ayer. Fue entre El Burgo y Casarabonela. El correo iba solo. Tres rateros lo atacaron; quiso huir, pero los ladrones le obligaron a apearse de su mula y después se la robaron; era lo único de valor que llevaba. Me enseñaron el lugar mismo donde había ocurrido el incidente y, cuando pedí detalles sobre el hecho a uno de los voluntarios realistas que habíamos tomado en Ronda para engrosar nuestra escolta, éste me respondió: ‘No pasa nunca más de un mes sin que *ellos* desvalijen al correo del rey. - ¿Quiénes son *ellos*? - Los habitantes de las montañas...’. Al escuchar esas palabras, miré en derredor y vi varias casas aisladas semiocultas en las hondonadas que se encontraban a nuestros pies. Una docena de, digamos, segadores, todos muy mal encarados, cortaban el trigo indolentemente en un campo cercano. Lo que en cualquier otro lugar habría servido para tranquilizar al viajero, como es la presencia de campesinos o la proximidad o multiplicidad de viviendas, en estos parajes, lejos de significar protección, constituye un peligro”<sup>4</sup>.

Paralelamente a los acontecimientos políticos que originan un contacto masivo entre franceses y españoles, factor que fue decisivo en la gestación de una España “familiar” a los ojos de la Europa de la época, una nueva estética había comenzado ya a fraguarse en Alemania en las postrimerías del siglo XVIII: el Romanticismo. Numerosos críticos literarios alemanes, como los hermanos Schlegel, Bouterwek, Tieck, Müller o Jacob Grimm, en tanto promulgaban el cultivo de una literatura “nacional”, épica y caballeresca, difundieron nuestra literatura del Siglo de Oro por toda Europa mediante la publicación de estudios críticos en los que presentaban amplios extractos de obras literarias españolas, bien en su lengua original, bien en su versión alemana. La moda de lo hispano en Alemania alcanza su apogeo en los primeros años del siglo XIX hasta el punto de que “*España se convierte en la Grecia del Romanticismo*”, según afirma Bravo-Villasante. En 1813, Madame de Staël introdujo los cánones románticos en Francia por medio de su obra *De l’Allemagne*, y ya a partir de 1820 diversos traductores franceses, entre los que cabe citar a Esménard y a La Beaumelle, comenzaron a traducir obras de Calderón, Lope y Cervantes, entre otros autores.

El Romanticismo preconizaba la libertad en el arte y la verosimilitud, objetivos éstos a los que debería llegarse a través de la búsqueda del “yo”, de la observación directa de las cosas o de la historia. Todo ello, unido a la necesidad impe-

---

<sup>4</sup>*L’Espagne sous Ferdinand VII*, François Bourin, Paris, 1991, pp.536-537.

riosa de evasión, tanto en el espacio (es la época del apogeo del viaje exótico) como en el tiempo, conduciría a la exaltación del individualismo, al sentimiento del paisaje y a la valoración de lo medieval. De ahí el cultivo de la lírica y del teatro y la novela de temas medievales. España para el romántico representaba el crisol de todo lo dicho: aunaba lo pintoresco, el color local, lo exótico; reunía todos los condicionantes requeridos en esa búsqueda del color histórico: la España antigua fenicia y grecorromana, la España medieval visigótica y árabe, la España renacentista, la España decadente... una España, en fin, que abarca todas y cada una de las diferentes etapas de la Historia. Por todo lo cual, nuestro país se convirtió en tema preferente de la novela histórica y de la producción dramática que se escribieron en Francia en esa época.

Por otra parte, el viaje alcanzó su plena expansión en el siglo XIX gracias a la concatenación de una serie de factores de índole económica, política y cultural: de un lado, el desarrollo comercial y la gran expansión colonial de Europa y, de otro, la curiosidad científica y la afición al descubrimiento y a la investigación. Lógicamente, los libros de viajes constituyeron un género literario muy en boga durante esas décadas. Asimismo, las jóvenes parisinas románticas se sintieron especialmente atraídas por la lectura de relatos de viajes realizados por España, por lo cual se primaría nuestro país como meta preferente de dichos viajes.

Así pues, todos los factores apuntados hasta este momento convergieron en la Francia romántica de tal manera que puede hablarse de una auténtica moda de las “cosas de España” en los años comprendidos entre 1820 y 1850. Y es entonces cuando se “descubre” Andalucía. Como señala Alberto García Troyano,

“Aquella Andalucía múltiple y polimorfa, propiciaba todo un abanico de sugerencias y de rasgos estéticos, consecuencia de lo heterogéneo de su geografía, de los vaivenes de su historia, con su superposición de pueblos conquistados y conquistadores, del conglomerado y mestizaje de sus habitantes, de lo fragmentada que estaba su cultura”<sup>5</sup>.

Y, en efecto, hay una total adecuación entre los gustos de la sociedad romántica y la geografía física y humana descrita en los manuales de Geografía de la época en Francia. Veamos sino unos párrafos que dedicaron los hermanos Reclus a Andalucía en su *Novísima Geografía Universal*:

---

<sup>5</sup>“De la Andalucía desvelada por los viajeros”, en *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos*, Universidad Internacional Menéndez y Pelayo, p.6.

“Andalucía, país célebre por sus montañas coronadas de nieve bajo un sol africano, por la poesía heredada de los moros, por la gracia de sus mujeres, la alegría de sus pueblos y lo excelente de sus caballos. Cuando oyen su nombre los extranjeros, sueñan con encantadores paraísos. [...]. Ostenta hermosura, alegría y grandeza en su litoral, en sus Alpujarras, su Sierra Nevada y su Serranía de Ronda. [...] Lenguaje, traje y religión distinguen al andaluz del africano. [...] Las fiestas, las ceremonias y las costumbres han guardado mucho de morisco. [...] En las ciudades, todos los edificios notables son alcázares y mezquitas. [...]

La belleza de las mujeres andaluzas de los altos valles es más notable y severa que la de las mujeres de las llanuras, las cuales, a su vez, tienen mayor gracia y gentileza. [...]

Los rondeños son hábiles en adiestrar los caballos para que escalen los pendientes senderos de sus montañas y dan al contrabando sus más valerosos sostenes, convirtiéndolo en una industria del país”<sup>6</sup>.

Y ¿qué dicen a este respecto los viajeros cuando plasman en letras de molde sus descripciones sobre Andalucía, y, más concretamente, sobre la ciudad de Ronda? Veamos lo que escribe Guy de Saint-Victor en 1888:

“El rondeño es ciertamente el más característico de todos los tipos andaluces [...]. Sus costumbres, vestimenta, lenguaje... todo conserva un sello original muy marcado. Los hombres llevan el sombrero calañés con una elegancia cuyo secreto sólo ellos poseen [...]. El porte, la gracia y la belleza de sus mujeres no tienen parangón en ninguna de las otras Españas: nadie como ellas sabe plantar en sus cabellos, negros como el ébano y con reflejos azulados, el clavel escarlata o la rosa de terciopelo; nadie como ellas tiene esos ojos dignos de ensueño, esa tez conocida en el mundo gracias a las Vírgenes de Murillo, esas formas delicadas de suaves contornos; nadie se envuelve mejor que ellas en su mantilla de encaje, en su chal de Manila o en su manto de seda; nadie, en fin, como ellas, reúne tantas seducciones bajo su basquiña y su corsé de terciopelo”<sup>7</sup>.

---

<sup>6</sup>Onésimo y Eliseo Reclus, *Novísima Geografía Universal*, 6 vol., T.I (*Europa*), Traducción y prólogo de Vicente Blasco Ibáñez, pp.357-380.

<sup>7</sup>*Espagne*, E. Dentu, Paris, 1889, pp.114-115.

Así pues, un sinfín de viajeros se aprestan a venir a España, y en particular a Andalucía, ávidos, eso sí, de ratificar los prejuicios que traen consigo. Pero, a pesar todo, los libros de viajes poseen un valor testimonial incalculable si bien no puedan ser calificados ciertamente de obras rigurosas desde el punto de vista científico.

Hasta ahora se ha hablado de viajeros en general y, la verdad sea dicha, la mayoría de las personas que “osaron” entrar en nuestra tierra fueron hombres; y decimos “osaron” porque, según dijo Théophile Gautier en 1840,

“Viajar por España es aún empresa arriesgada y romántica: hay que tener valor, paciencia y fuerza; a cada paso se expone el pellejo; las privaciones de todas clases, [...] lo peligroso de los caminos, [...] un calor infernal, [...] son los inconvenientes más chicos; hay que contar además con los facciosos, los ladrones y los venteros, cuya probidad depende del número de carabinas que los viajeros lleven. El peligro le rodea a uno, le sigue y le precede, y no se oye más que el relato de historias terribles y misteriosas”<sup>8</sup>.

En realidad, Théophile Gautier exagera cuando hace extensiva la peligrosidad del viaje a la totalidad de la nación ya que el bandolerismo había desaparecido prácticamente del norte y centro de la península a mediados del siglo XVIII, quedando relegado a la región andaluza y, muy especialmente, a la Serranía de Ronda.

Verdad es que todos los turistas que transitaron por Andalucía durante los dos primeros tercios del siglo XIX hablaron en sus relatos acerca de los peligros que les rodearon a todo lo largo de sus respectivos periplos. Verdad es también que, a su término, todos coinciden en afirmar que nada terrible les había acontecido (y lo afirmaban, todo hay que decirlo, con un cierto matiz de desilusión), con lo cual se limitaban a narrar historias más o menos truculentas que les habían ocurrido a otras personas que, “mire usted qué casualidad, acababan de pasar por allí hacía muy poco tiempo”. Pero también es verdad, no obstante, que estos viajeros y viajeras desconocían a priori el hecho de que no habrían de encontrar a su paso ningún bandido, ratero, asesino ni contrabandista, que no tendrían, en resumen, ningún mal tropiezo, porque, si bien es cierto que parece haber datos objetivos para afirmar que en la serranía rondeña había bastante inseguridad, en definitiva también es cierto que había mucho de exageración y de leyenda en todo ello.

---

<sup>8</sup>*Voyage en Espagne*, Éditions Gallimard, s.l., 1981, p.321. Primera edición en 1843.

Dicho todo esto, ¿no se podría calificar de auténtica “osadía” el hecho de que fueran dos mujeres las que se atrevieran a recorrer a caballo la Serranía de Ronda en 1850 y 1863 respectivamente?

Josephine de Brinckmann es la primera extranjera que dejó impreso su testimonio de su paso por Ronda el 26 de marzo de 1850. Su periplo se inicia en Algeciras, de donde parte a caballo con una escolta armada rumbo a Ronda. Pasa por Palmones, la “venta del Loro”, el bosque de la Almoraima, la “venta de Guadalquejigo” (en la que se para a almorzar), Gaucín (donde pernocta), y llega a Ronda al atardecer del día siguiente. Tras unos días de permanencia en la ciudad, sale hacia Málaga por El Burgo y Casarabonela. Perteneciente a una clase social acomodada, viaja por la provincia con poderosas cartas de recomendación, lo que le permite visitar todos aquellos lugares que pueden ser interesantes acompañada por cicerones autóctonos y cultos, que le proporcionan todo tipo de explicaciones a nivel geográfico e histórico. Además de viajera infatigable, Brinckmann sabe mirar y escuchar, por lo que aporta datos objetivos y muy interesantes sobre los lugares que visita.

La segunda viajera y escritora francesa que llegó a Ronda y relató su viaje fue la condesa Juliette de Robersart en 1863. Esta vez el punto de partida fue Gibraltar. Viaja a caballo junto a una dama de compañía y una escolta, no armada, compuesta por guías oriundos de la región. Desde Gibraltar, sale hacia Ronda por Gaucín donde pasa la noche. Tras una estancia de varios días en Ronda, continúa viaje hacia Málaga pasando por El Burgo y Casarabonela. Como vemos, se trata prácticamente del mismo itinerario que hizo en su día la señora de Brinckmann.

Y ahora remontémonos en el tiempo y, en un alarde de imaginación, intentemos recorrer con ellas los hermosos parajes que tuvieron ocasión de contemplar en pleno siglo XIX.

En el momento de iniciar su excursión en Algeciras, Brinckmann escribe lo que sigue:

“No puedo describirte, querido amigo, la impresión que sentí al ponerme en marcha con semejante aparato guerrero; me parecía que iba a sostener alguna contienda memorable; en otros momentos creía leer un capítulo de novela o estar soñando y temiendo despertar. No puedes hacerte una idea de la singularidad de la escena que interpretaba: Bernabé delante, a caballo, con la escopeta cargada y colgada en su silla; yo a continuación, sentada en unas jamugas de desagradable altura y en un caballo muy veleidoso que a duras penas obedecía a la voz de su amo; detrás, dos dragones armados hasta los dientes garantizándome que me defenderían celosa-



mente en caso de un mal encuentro, pero asegurándome por lo demás que con toda probabilidad su sola presencia alejaría a los ladrones de la comarca”<sup>9</sup>.

Robersart, en cambio, se expresa en los siguientes términos:

“Abandoné Gibraltar [...] con la alegría de un niño que hace la más peligrosa de las piardas. No tengo ni paquetes, ni dinero, ni armas, sólo dos paraguas. No siento ningún temor”<sup>10</sup>.

Brinckmann y su comitiva, tras detenerse en la venta del Loro para almorzar, se internan en el bosque de la Almoraima. Y la viajera comenta:

“El bosque cubre las altas montañas y sólo presenta algunos claros en el fondo de los valles, en los que forma entonces el jardín más pintoresco y más adorable que se pueda soñar [...].

Hacia el atardecer me acercaba a Gaucín; estábamos al pie de la montaña en cuya cima se edificó la pequeña ciudad. [...] Mientras admiraba la pintoresca belleza de la naturaleza a la caída del sol, no podía por menos que elogiar las robustas patas de mi caballo que subía con tanta gallardía aquella especie de escalera, como si se hubiera tratado de llegar a un paraíso”<sup>11</sup>.

Una vez al pie del mismo monte, veamos las reflexiones que suscita en Robersart la visión del enclave de Gaucín:

“Divisaba la ciudad como una especie de nube compacta; no osaba calcular el tiempo que tardaríamos en alcanzarla; es el primer límite del poético reino de Granada. ¡Quién no ha soñado con él! ¡quién no ha leído sus maravillosas leyendas! ¡quién no ha hecho castillos en el aire granadino! Desde que he estado en África no he de hacer esfuerzo alguno para imaginar estas tierras pobladas de nuevo por moros más hermosos que las estrellas, corteses y valientes. Comprendo mejor el país y puedo reconocer las costumbres que vienen de ellos. Sus obras y las ruinas recobran vida. En una palabra, es el lugar de los sueños [...].

---

<sup>8</sup>*Voyage en Espagne*, Éditions Gallimard, s.l., 1981, p.321. Primera edición en 1843.

<sup>9</sup>*Voyage en Espagne*, Just Rouvier, Paris, 1854<sup>2</sup>, p.214.

<sup>10</sup>*Lettres d'Espagne*, Watelier, Paris, 1879<sup>2</sup>, p.139.

<sup>11</sup>Brinckmann, op. cit., pp.215-217.

[Mi caballo andaluz], aferrándose, deslizándose como una serpiente, avanzaba, subía esta escalera con pie seguro haciéndome descubrir ora simas sin fondo, ora panorámicas admirables, ora bosquecillos de granados y naranjos suspendidos en las rocas. Estos hermosos árboles, esta hermosa vegetación, dignos de los jardines de Armida, son regados por canales hechos por los moros [...] y que suben hasta Gaucín, y el frescor de sus aguas transforma en arriate mágico la muralla ciclópea; arriates y bosquecillos de naranjos, de rosas, de chumberas, de granados unidos entre sí por guirnaldas de pámpano. Desde este pedestal digno de un dios divisaba la llanura, y, en el hueco de una roca, una casa aislada a la sombra de una palmera, digno hogar de la felicidad o de una eterna desdicha”<sup>12</sup>.

Brinckmann entra en Gaucín al anochecer:

“No podrías imaginar lo extraño de mi llegada a esta pequeña ciudad tan curiosa. No habían visto nunca una extranjera; nuestro sombrero les era absolutamente desconocido y producía una gran sensación. No dejaban de pensar también que una señora que viaja así escoltada sólo podía ser una gran dama; y así cada uno hacía sus propias conjeturas mientras seguían a mi comitiva, cuya llegada a la *posada* causó un efecto no menos sorprendente.

La gran sala de la *posada* era como el cobertizo de la *venta* [de Guadalquejigo]: servía a la vez de cuadra y de cocina; toda la gente se apretujaba a mi alrededor con apasionada curiosidad.

Quisiera, amigo mío, hablarte de mí lo menos posible; no soy a buen seguro el tema interesante de mi viaje, pero no puedo resistirme al deseo de hacerlo ahora, ya que es para rendir homenaje una vez más al carácter caballeresco y hospitalario de los españoles. La debilidad femenina, tú lo sabes, excita su generosidad natural, y, a pesar de que yo estaba persuadida de ello, no me sorprendió poco el ver a un joven oficial venir a tenderme la mano para apearme del caballo y dar órdenes a continuación para que se me condujera al mejor *cuarto*. Luego me dijo que iba a dar aviso de mi llegada al comandante de plaza, quien no dejaría de venir a hacerme una visita”<sup>13</sup>.

Robersart, en cambio, llega a Gaucín muy entrada la noche, en medio de una tormenta, por lo que todos los habitantes del lugar se han retirado ya a

---

<sup>12</sup>Robersart, op. cit., pp.141-142.

<sup>13</sup>Brinckmann, op. cit., p.217.

sus hogares. Al día siguiente, muy de madrugada, vuelve a ponerse en camino para cubrir ya la última etapa de la ruta que la separa de Ronda:

“El sol doraba sólo las lejanas montañas; había sombras gigantes-  
cas, y vapores azules fluctuaban sobre las cimas más cercanas; su-  
bíamos de nuevo, subíamos sin cesar, hubiérase dicho que fuéramos  
a escalar hasta el cielo. Jamás olvidaré aquellos panoramas  
que, por desgracia, nunca podré llegar a describir. Sobrevolaba las  
cumbres de las montañas, que se me antojaban olas de un océano  
inconmensurable, subiendo y bajando, cual si el horizonte fuera in-  
finito. Nubes blancas y ligeras ciñeron algunos picos a manera de  
aureolas; otros picos se alzaban hasta los cielos, inundados por el  
sol. [...]

Cabalgaba alegremente por senderos imposibles, por escaleras de pie-  
dras caedizas y suspendidas sobre precipicios tan pavorosos como be-  
llos, pues en sus flancos se asientan pueblos, naranjos y cultivos bien  
cuidados. Los majuelos y agavanzos entán en flor. Todo está verde,  
fresco, floreciente, embalsamado. Reconocí en los setos y en los cam-  
pos multitud de plantas de nuestros invernaderos y jardines; guisantes  
de olor, brezos, malvas, clemátides azules, rojas, blancas; [...] retamas,  
arbustos con copete y largos racimos de flores doradas llamados  
tamariscos, granados. ¡Ay! ¡Qué espectáculo! ¡Qué viaje! ¡Qué canto de  
reconocimiento y amor hay que enviar hacia el Creador!<sup>14</sup>”.

Y ya llegan las dos viajeras a Ronda. Las dos tienen cartas de recomenda-  
ción para notables del lugar. Brinckmann explica:

“Estaba yo recomendada a una de las autoridades de Ronda que  
tenía un nombre famoso, don Guzmán, descendiente del desdicha-  
do gobernador de Tarifa. Debo a aquel amable y excelente hombre  
todo el placer que sentí durante mi estancia allí”<sup>15</sup>.

Robersart, por su parte, le dice a su guía:

“¡Bueno! Ahora lléveme a casa del Maestrante don Antonio Stienza,  
para quien tengo una carta de recomendación de Fernán Caballero”<sup>16</sup>.

---

<sup>14</sup>Robersart, op. cit., pp.143-145.

<sup>15</sup>Brinckmann, op. cit., p.219.

<sup>16</sup>Robersart, op. cit., p.147.

“Me introdujeron en una hermosa casa de una limpieza flamante, que tenía uno de esos patios que amo. Don Antonio me recibió con gran cortesía. [...] Su esposa y sus hijas volvieron de su paseo. Estas son encantadoras, jovencísimas, bonitas, vestidas con gusto, peinadas como para una fiesta; y esto en Ronda, ¡en el nido de los buitres! Don Antonio Stienza y su esposa [...] me ruegan me quede en su casa. Las niñas unen sus voces a este dulce concierto de hospitalidad. Rehusó varias veces. Don Antonio me proporciona un sirviente y una dirección. Atravieso calles encantadoras, floridas, con balcones y ventanas enrejadas que sobresalen de la fachada y las llaman miradores. Están en la planta baja, adornados en el interior por muchachas con flores en sus hermosos cabellos, y, en el exterior, por jóvenes de ambos sexos. Llegamos a una casa de buena apariencia. [...] Por la noche, toda la familia del Maestrante viene a hacerme una visita con un pariente que habla francés y una primita tan bonita como el amor. Las mujeres de Ronda tienen fama, merecida, de ser bellas, y además son la distinción personificada”<sup>17</sup>.

El relato de Brinckmann es más prolijo en cuanto a las descripciones que conciernen a la ciudad: Casa del Rey Moro, iglesia de Santa María la Mayor, palacio de los Montezuma, Alameda, etc... de manera que proporciona detalles muy pormenorizados acerca de todo ello. Describe igualmente dos excursiones que realiza siempre acompañada por su cicerone don Guzmán: una a la Cueva del Gato y otra a Acinipo o Ronda la Vieja. Extraigamos un párrafo sobre la descripción del Nacimiento:

“Entramos por senderos escarpados en el país más pintoresco que verse pueda. Las montañas se recubren de una hermosa vegetación, los arbustos son multicolores, y llegamos a un paraje verdaderamente mágico; se llama *el Nacimiento*. Allí, el torrente que nos acompañaba desde Benaoján se ensancha; su lecho sigue una dulce pendiente sembrada de peñas; el agua cristalina, al chocar con los escollos, centellea como un río de diamantes. En ese lugar, el torrente se une con otro que sale de la montaña por un enorme agujero, con terrible estrépito. Añade lavanderas a este cuadro, en su mayoría jóvenes y bellas, [...] y comprenderás que esta mezcla de hermosas criaturas, de flores de todos los colores, de arbustos, de peñas de todo tipo de formas, tiene que compo-

---

<sup>17</sup>Robersart, op. cit., pp.147-148.

<sup>18</sup>Brinckmann, op. cit., pp.223-224.

ner un conjunto verdaderamente seductor. Siguiendo ese hermoso valle fue como llegamos a la entrada monumental de la gruta”<sup>18</sup>.

Las viajeras han de encaminarse ya hacia Málaga por El Burgo y Casarabonela. Citaremos unos párrafos dedicados a la localidad que ellas llamaron Casarabonuela y Casa Raboneda respectivamente. Brinckmann dice:

“Cuando estuvimos en el punto culminante de la montaña [...] vi lo que tenía a mis pies: un auténtico paraíso terrenal. Estaba en el puerto Martínez. [...] Era uno de los valles más frescos, más floridos que puedan verse; sobre un cerro, casi en su centro, percibía el pueblo de Casarabonuela. [...]

Insistí [...] en querer ir a aquel pueblo que parecía salir de un ramo de flores. Así pues, tomamos el sendero de la derecha; era estrecho y casi siempre tallado en la roca: la pendiente era tan pronunciada que yo hacía votos para que los bandidos no tuvieran ganas de cerrarnos el paso en ese momento. Cuanto más avanzábamos, más encantador era lo que se veía, más perfumaban el aire los naranjos y demás árboles frutales que nos rodeaban. A la entrada del pueblo encontré un abundante manantial; la masa de cristal sale de la peña por un enorme agujero, se lanza en una especie de estanque que sirve de abrevadero, y sale nuevamente de allí para caer en cascada en el fondo del valle”<sup>19</sup>.

Y por su parte, la Robersart se expresa así:

“Casa Raboneda es una caracola encantada; el agua corre y murmura por todos lados gracias a los prodigios de la irrigación, y las higueras, las rosas, los granados, los naranjos se inclinan sobre sus ondas. Vi una glorieta en la que pendían enormes limones, más abundantes y apretados que sus hojas. Y no hablo de los áloes, ni de los cactus, ni de las mil plantas exóticas que nacen y crecen por doquier”<sup>20</sup>.

Como colofón a este breve “paseo decimonónico”, veamos una última cita textual de la condesa de Robersart:

“Para llegar a Ronda no existe más que la línea perpendicular. [...] Tras ocho horas de marcha ininterrumpida, hecha más bien para

---

<sup>19</sup>Brinckmann, op. cit., pp.231-232.

<sup>20</sup>Robersart, op. cit., p.154.

gamuzas y gamos que para hombres, divisé Ronda en el horizonte. Estaba ebria de fatiga, pero ¡qué digna meta de esta ruta, qué nido de águilas orgullosamente plantado sobre las dos peñas, gigantes-cos bastiones de esta fortaleza y separados uno de otro por un desgarrón de varios centenares de pies! En el fondo, corre un torrente; ruge, sale furioso de sus tinieblas, se revuelca de roca en roca, de estrato en estrato, en un último precipicio, humeando y brincando. Se llama el Tajo. [...] La visión de los precipicios atrae y repele, da vértigo y embriaga”<sup>21</sup>.

Ronda bien pudo significar el compendio de la evasión ansiada por los románticos. La ciudad y su entorno reunían, reúnen, todas las connotaciones buscadas por ellos: exotismo, medievalismo, orientalismo, verticalidad, pintoresquismo, contraste, poesía, inaccesibilidad, evocación de los bandoleros, ... en suma, y remedando sus palabras, “*un sueño hecho realidad*”, “*un paraíso*”.

Estos han sido unos breves apuntes acerca de una ciudad que ha merecido quedar para la posteridad con la sabia y apasionada mirada de Rilke, en la prosa y en la lírica de creadores poco dados a la emoción gratuita. Su enumeración resultaría casi extenuante. Hemos preferido seguir estos paisajes y a su gente a partir de autores quizás menos conocidos, pero en cuyos relatos se encuentran las claves para un mejor conocimiento de lo que Ronda fue, y, nos atrevemos a decir, es y seguirá siendo. Piénsese, a manera de simple anécdota, el hecho de que la cantante “pop” Madonna haya elegido recientemente la ciudad de Ronda como escenario de su último *vídeo-clip*.

Pues bien, así describieron los viajeros decimonónicos esa ciudad. Así la describieron y así es la ciudad de Ronda.

### ***Bibliografía***

A.A.V.V.: *Imagen romántica de España*. Ministerio de Cultura / Dir. General de Bellas Artes, Archivos y Bibliotecas, Madrid, Octubre–Noviembre, 1981.

A.A.V.V.: *La imagen de Andalucía en los viajeros románticos y Homenaje a Gerald Brenan*. Diputación Provincial de Málaga, Málaga, 1987.

AYMES, Jean-René: *L’Espagne romantique. (Témoignages de voyageurs français)*. Éditions Métailié, París, 1983.

BERNAL RODRÍGUEZ, Manuel: “El protagonismo político andaluz”, en *Historia de Andalucía. Vol. VII*. Planeta, Barcelona, 1981.

BERTRAND, J.J.A.: *Sur les vieilles routes d’Espagne*. Les Belles Lettres, París, 1931.

---

<sup>21</sup>Robersart, op. cit., pp.145-146.

- BRINCKMANN, Mme de: *Voyage en Espagne*. Just Rouvier, París, 1854.
- CUSTINE, Marqués de: *L'Espagne sous Ferdinand VII*. F.Bourin, París, 1991.
- ECHEVERRÍA PEREDA, Elena: *La imagen de España en Francia: viajeras francesas decimonónicas*. Tesis Doctoral defendida en la Universidad de Málaga en junio de 1994 y publicada en microfichas.
- : *Andalucía y las viajeras francesas en el siglo XIX*, Diputación Provincial de Málaga (en prensa).
- FERNÁNDEZ HERR, Elena: *Les origines de l'Espagne romantique. Les récits de voyage (1755-1823)*. Didier, París, 1973.
- HOFFMANN, Léon François: *Romantique Espagne. L'image de l'Espagne en France entre 1800 et 1850*. Universidad de Princeton, New Jersey, (U.S.A.), 1961.
- LIPSCHUTZ, Ilse Hempel: *La pintura española y los románticos franceses*. Taurus, Madrid, 1988.
- MAIGRON, Louis: *Le Romantisme et la mode*. Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1911.
- MARTINENCHE, Ernest: *Histoire de l'Influence espagnole sur la littérature française. L'Espagne et le romantisme français*. Hachette, París, 1922.
- MIOT, André François: *Mémoires du Comte Miot de Mérito, Ancien Ministre, Ambassadeur, Conseiller d'État et Membre de l'Institut*. Michel Lévy Frères, París, 1858.
- RECLUS, Onésimo y Eliseo: *Novísima Geografía Universal*. Vol.I. Trad. de Vicente Blasco Ibáñez.
- REES, Margaret: *French Authors on Spain (1800-1850)*. Grant & Cutler Ltd, Londres, 1977.
- ROBERSART, Juliette de: *Lettres d'Espagne*. Watelier, París, 1879.
- SAINT-VICTOR, Guy de: *Espagne*. Dentu, París, 1889.

